

El segundo día de Carnaval, por la tarde, al salir Maltrana de la calle de los Artistas, se detuvo en los Cuatro Caminos, dudando entre bajar á Madrid ó subir hacia Bellasvistas y las Carolinas.

Le repugnaba el Carnaval madrileño, grosero y monótono, sin otros alicientes que los codazos y pisotones de la multitud y se decidió á ir en busca de su amigo el *Mosco* y aprovechar de paso el viaje para hacer á su abuela una visita en su nueva casa, que era la de *Zaratustra*. La pobre vieja tenía deseos de hablarle, según le había manifestado Polo la última vez que se vieron ante el fielato. Nada perdía con tener contenta á la abuela. En las Carolinas seguían hablando de su tesoro, y ¡quién iba á saber si pensaría en su nieto, como heredero!

Isidro rió de la avaricia que se despertaba en él. Sentíase alegre, á pesar de que hacía tiempo que no ganaba dinero. Acababa de pedir prestadas á su padrastro unas cuantas piezas de cobre, aprovechando de la confianza que inspiraba al albañil, por haber satisfecho todos sus atrasos en la parte que le correspondía del alquiler de la casa.

Acariciaba aquella tarde la esperanza de mendar en casa del *Mosco*, ya que tenía la certeza

de no cenar cuando bajase por la noche á Madrid.

En su miseria, no le abandonaba esa seguridad de la juventud, que aguarda siempre algo inesperado, y cree firmemente que el universo entero se preocupa de ella, torciendo el curso de los sucesos, sin otro fin que sacarla de sus situaciones difíciles.

Isidro, en su optimismo, tenía el presentimiento de una gran fortuna. Por esto ponía buena cara á todos los desvíos de la suerte: ella acabaría por entregarse vencida.

Dos días antes, al pasar por la calle de Alcalá, frente al ministerio de Hacienda, había encontrado á don Gaspar Jiménez, primer marqués de Jiménez, aquel senador, pariente de la señora que le amparaba en su buena época. Varias veces se había tropezado con el solemne personaje, sin que éste reparase en él. Le reconocía, pero pasaba adelante fingiendo no verle. Debía estar enterado de su existencia errante, de su deseo de no ser hombre serio, de aquella vida bohemia que le hizo atascarse á más de la mitad de su carrera universitaria. El senador era inflexible. «La vida no es juego», como le había dicho al echarle de casa de su protectora.

Por todas estas razones, Maltrana, experimentó gran asombro, al ver que el personaje, muy tirado de levitá y sombrero de copa, con el aspecto grave y entonado de uno de los directores del país, al cruzarse con él, en vez de distraer la mirada, la fijó en su persona, acariciándole con bondadosa sonrisa.

El senador se separó de otros dos señores no menos imponentes que iban con él, y aproximándose á Maltrana, púsole en la espalda la mano protectora.

—¿Cómo está usted, joven?... ¿Cómo marchan sus asuntos?...

El terrible Maltrana que en las reuniones de la juventud era implacable, no perdonando persona ni institución, escupiendo su bilis sobre todo lo existente, describiendo el país como un establo de bestias, en el que no se encontraba ni media persona, ablandábase conmovido ante la más leve muestra de consideración de un poderoso.

La palmada del senador y su sonrisa, le trastornaron hasta el punto de hacerle tartamudear. Pensó que era necesario tener largo trato con las personas, para conocerlas. Aquel señor había sido para él un burgués despreciable y ridículo, un pedantón huero... hé aquí los inconvenientes de juzgar de lejos á las personas. Ahora, al verle de cerca, después de algunos años, le encontraba repentinamente simpático, con cierto aire de pensador, de economista sublime, de esos que poseen las llaves de la despensa nacional. No había que exagerar; por algo se sube, y cuando aquel tío llegaba tan alto, era porque algo llevaba dentro.

—¿No terminó usted la carrera?—continuó el senador.—Ha hecho usted bien si sus aficiones le llevan por otro lado. Usted es artista: usted ha nacido para escritor.

Y, con gran asombro de Maltrana, le habló de los artículos que llevaba publicados. El no los conocía, le faltaba el tiempo para muchas cosas, pero se los habían recomendado con grandes elogios. Literatura *profunda*, de la que á él le placía; estudios serios y concienzudos. El amaba lo concienzudo, lo serio... Maltrana sentíase transfigurado, próximo á elevarse sobre el suelo con la hinchazón de la alegría, al oír que alguien elogiaba sus artículos, y que este alguien era un

señor que el día menos pensado llegaría á ministro.

—Venga usted á verme cuando pueda: con entera confianza; ya sabe usted que somos antiguos amigos: yo le considero como de la familia... Creo que le conviene á usted que nos veamos: algo bueno saldrá de la entrevista.

Maltrana, ansioso de esperanza tras estas palabras, intentaba visitar al día siguiente al senador. Pero éste quería pasar los días de Carnaval en una finca suya de Medina del Campo, lejos del bullicio de la ciudad, como convenía á un hombre serio. Después de fiestas, le esperaba en su casa todas las mañanas.

Y se alejó escoltado por sus solemnes acompañantes, después de estrechar la mano de Isidro con igual llaneza que si fuese un colega. Maltrana le siguió con una mirada de intensa simpatía. Algo bueno iba á surgir de su inesperada amistad con el personaje... Y el recuerdo del marqués le acompañó como una promesa de fortuna en los días de Carnaval.

Al llegar Maltrana á Bellasvistas, creyó ver la reproducción animada de un cuadro de Goya. Varias muchachas desgreñadas, de las de la busca, manteaban un pelele; un traje viejo relleno de paja, con enormes tumores, calzado con botinas rotas y rematado por una cabeza de cartón. Un grupo de mozuelos intentaba arrebatarlas el pelele, para llevárselo prisionero á la taberna, y las greñudas, armadas de escobas, defendían á golpes el monigote. Corría el grupo por los desmontes con la algarazara de la lucha; rodaban por el suelo algunas de las combatientes con tal ímpetu, que dejaban al descubierto las roñosidades de su interior.

Maltrana, con su raído macferlán y su sombrero de señorito pobre, pareció distraer de la lucha á esta ruda juventud. Las muchachas, cogiéndose del brazo, marchaban tras él cantando con insolente sonsonete:

¡Ahí va! ¡Ahí va!
El tío del gabán.

Los mozos reían la gracia, y parecían dispuestos á apoyarla, saludando con un cantazo al señorito si tenía el mal gusto de incomodarse.

Maltrana dejó á la espalda esta alegría hostil y salió al campo. Pensaba visitar la cabaña de *Zaratustra* antes de ir á las Carolinas.

Hallábase ésta en lo alto de un cerrillo, desde el cual se abarcaba con la vista todo Madrid. Parecía de lejos un montón de escombros y basura. Constaba de tres cuerpos sueltos, pero tan bajos, tan metidos en una oquedad de la tierra, que sus techos apenas sobresalían del perfil de la cumbre. El carro de *Zaratustra* parecía más grande que las viviendas; se veía mejor que éstas, caído sobre la zaga, con las dos barras en alto, unidas por la barriguera de la mula, destacándose sobre el cielo como una horca.

Adivinó el joven la proximidad de la cabaña viendo correr hacia él una banda de perros. Eran los compañeros de *Zaratustra*. Los había de varias razas y tamaños: todos sucios, con los ojos amarillentos y una baba rabiosa en los colmillos: animales casi salvajes, que sólo de tarde en tarde veían llegar algún pobre, y sentían feroz extrañeza ante Isidro, irritados por su exterior de hombre de ciudad.

No ladraban. Aproximáronse mudos, rechi-

nando los dientes, con franco propósito de morder, extendiendo sus zarpas hacia los pantalones. El joven cogió una piedra, llamando con fuertes gritos á *Zaratustra* y á la señora Eusebia.

Sonó detrás de la cabaña un silbido y la vocecilla de Polo llamando á sus canes. Isidro pudo seguir adelante escoltado por el fiero grupo que giraba en torno de él, oliéndole las ropas.

Pasó entre el carro y una pared baja, y entró en una plazoleta que tenía al frente la campiña con Madrid en el fondo, y á un lado las oscuras lomas de la Casa de Campo. El resto de la plazoleta estaba cerrado por las tres cabañas, que constituían la vivienda y dependencias del gran *Zaratustra*. Este se hallaba sentado en un cubo, co-siendo con bramante unos pedazos de alfombra vieja que habían de servir de manta á la mula.

—Perdona que no me levante—dijo con su voz de niño.—Tú eres de casa. ¡Ay! ¡estas piernas!...

Había sustituido la casulla de piel de conejo con la otra de las grandes solemnidades; la de espejuelos y cintajos de colores, que le daba el aspecto de un salvaje de teatro.

Era un resto de su antigua alegría; un recuerdo de aquellos años en los que bajaba por Carnaval al centro de Madrid cubierto de sus más vistosos harapos, aceptando la extrañeza y la burla de las gentes como testimonios de admiración. Seguía la costumbre de desfigurarse con adornos bravíos cuando llegaba la fiesta, pero se quedaba en casa, vencido por el reuma senil que inmovilizaba sus piernas.

Maltrana contempló curiosamente la mansión de *Zaratustra*, agrandada con nuevas edificaciones desde la última vez que la había visto. La actividad del anciano, su raro talento para sacar prove-

cho de los despojos, le hacían vivir en una perpetua reforma de su casa. El trapero sonrió viendo el asombro del joven.

—¿Qué te parece?... Esto ha crecido mucho: esto es el palacio real de Tetuán. Vienen señores de Madrid sólo por verlo: sobre todo, pintores. Este cuerpo es el almacén. (Y señalaba la cabaña en cuya puerta permanecía sentado.) Lo de enfrente es la cocina y la cuadra. Tiene comunicación con el cuerpo central, la antigua casa, donde vivimos tu abuela y yo.

Maltrana sentía deseos de reír, ante la majestad con que Polo hablaba de su vivienda, señalando sus diversas partes. El lo había construido todo, con la ayuda de su criado, dándole la solidez de un castillo.

Parecían las tres cabañas otros tantos montones de basura y escombros, en los cuales una familia de topos hubiese abierto agujeros que eran puertas, galerías tortuosas, que servían de habitaciones. Todos los despojos de la villa habían sido empleados en la edificación. Sólo á trechos veíanse algunos ladrillos y cascotes de los derribos: lo demás estaba construido con los materiales más heterogéneos, viéndose empotrados en la argamasa, á guisa de ladrillos, botes de conserva, latas de petróleo, cafeteras, orinales, hormas de zapatos, y juntos con estos despojos, tibores rotos de porcelana, columnillas de alabastro, trozos de estatuas, todo al azar, según el desorden de la recogida diaria en Madrid.

Maltrana vió una aguda punta oxidada saliendo del muro, sobre la cabeza de *Zaratustra*. La miró de cerca: era una jeringa. Más allá brillaban dos azulejos de reflejos dorados y surgía un brazo femenino de color de bronce que, sin duda,

había sostenido una lámpara de gas en algún café.

Varios cubos de cinc, sin fondo, empotrados horizontalmente en el muro, servían de redondos tragaluces, semejantes á los de los camarotes de los barcos. Los techos eran de paja, de ramaje, de viejos encerados, formando una cubierta de gran espesor, que la lluvia más persistente no podía traspasar. Las rendijas estaban calafateadas con papeles y trapos. La techumbre de la cocina ostentaba como remate una tinaja rota, que servía de chimenea.

El almacén exhalaba un hedor de polvo, huesos en putrefacción y ropas corrompidas, junto con ese vaho indefinible de las casas viejas, largamente cerradas. Un zumbido de moscas pegajosas vibraba en la oscura profundidad de las chozas. De vez en cuando aleteaba por cerca de Isidro un enorme moscardón azul, de reflejos metálicos, lúgubre, venenoso, hinchado repugnantemente, como si acabase de chupar la tierra de una tumba.

Maltrana preguntó por su abuela.

—Estoy solo en casa. He enviado el *Bobo* á Madrid, á que vea las máscaras, y la vieja está en la Doctrina, en ese corralón de Bellasvistas, donde juntan las señoras al rebaño femenino de la busca para que cante oraciones.

Zaratustra, que se preciaba de conocer á todo Madrid, había oído hablar de algunas de estas damas devotas, cuando eran jóvenes, y reía, guiñando sus ojos lacrimosos. El diablo, harto de carne... Regalaban á las traperas una sábana por año, y arroz y castañas por Navidad; pero las obligaban á oír la explicación de la Doctrina dos veces por semana. En Carnaval había gran reunión, para pedir

al Señor que perdonase las locuras del mundo, y comenzaba la fatigosa época de la Cuaresma. Las que faltaban á estas grandes solemnidades perdían la sábana.

—Te digo, Isidro, que se la ganan bien, y cuando vienen á coger los trapos de esas señoras, tienen callos en las rodillas como los elefantes. Pero el mediano, cuando siente necesidad, no se para en nada, y hay que ver á las del barrio al salir de la Doctrina, hechas unas santitas, así que pierden de vista á las señoras... De la que menos, dicen que es una púa... A todo el mundo le gusta que le den algo. Y si no, ahí tienes á tu abuela, que piensa todo el año en la sábana. ¿Para qué la querrá, una mujer que todo el mundo sabe que es rica? ¡Las hembras, Isidro; mala gente!... Tu abuela me ha visto en varios apuros: tuve que pagar el arrendamiento de las tierras que cultivo ahí enfrente, porque ya sabes que yo soy agricultor antes que trapero. No tenía ni un botón, y me dejó en el apuro, sin querer decirme dónde guarda su tesoro. Y eso que anduvo el palo: porque, á las hembras, el pan en una mano y la vara en otra... ¡Si las conoceré yo, que he tenido cinco!... De jóvenes, unos pericos verbeneros, sin otro afán que dar gusto al cuerpo y faltarle á uno: de viejas, borrachas y agarradas al perro chico, aunque su hombre vaya en cueros.

Quedó en silencio *Zaratustra*, mirando á Madrid, que cerraba el horizonte con su gran masa de tejados y torres. El cielo azul, sin el más leve vapor de humedad, un cielo de Castilla seco y ardiente, de gran limpidez, que acusaba con energía los contornos, parecía aproximar la lejana población.

El trapero creía abarcar con sus ojillos pitaño-

sos toda la humanidad albergada bajo este caparazón de tejas, que á aquellas horas corría y gritaba por las celdillas y callejones de la enorme colmena. Su voz tomaba un acento solemne, como siempre que creía decir algo trascendental.

—La hembra, Isidro, es inferior al hombre é indigna de él. Fíjate en eso y recuérdalo siempre: de algo te ha de servir ser amigo de un sabio que ha visto mucho y conoce la vida. La hembra, es un animal de escaso caletre; fantasiosa lo mismo que el pavo, tonta como una marica sobre un canto. Déle usted su buen vestido, su buena bota ajustada y demás exigencias del rumbo, y la tendrá usted contenta. No le dé usted el señorío y boato que reclama, y entregará su cuerpo al demonio... El hombre es más digno y noble; se preocupa de otras cosas que de los trapos, y por esto es él quien debe mandar y dar dos palos á tiempo, para que se le respete. Con blusa y alpargatas, se siente muchas veces mejor que tirado de chistera y de gabán. Yo tengo buena ropa y podía ir todos los días lo mismo que hoy, pero no me da la gana; en cambio, no hay en la busca una hembra que, al agarrar entre los trapos una buena falda, no se la ponga para dar envidia á las compañeras. La mujer que anda mal vestida, así sea vieja y fea, es porque no puede ir mejor, pues ganas no le faltan. El hombre que va hecho un Adán, no es porque carezca de *conqué*; sino que tiene la atención en cosas más altas, por ser un animal noble é inteligente.

Así hablaba *Zaratustra*.

Maltrana, molesto por el hedor del almacén y el revoloteo de las moscas, acabó por abandonar su asiento, que consistía en tres pedazos de corcho clavados en forma de banco. Ya que la abuela estaba ausente, quería irse.

El trapero le detuvo. No le aconsejaba que esperase á la vieja: si habían de rezar en Bellasvistas por el perdón de todos los alegres pecados que aquella tarde se cometerían en Madrid, tenían oración cortada hasta la noche. Pero antes de que Isidro se fuese, quería enseñarle la casa, especialmente la habitación que había arreglado con motivo de su casamiento. A las mujeres les satisfacen las superfluidades del buen vivir, y no era caso de que la señora Eusebia, al abandonar su casa de las Carolinas, entrara en una vivienda de indios.

—Aquí hay su poquito de señorío—dijo *Zaratustra* incorporándose con cierto trabajo, después de clavar la aguja en los tapices y plegar éstos sobre el asiento.

Marchaba doblado por la cintura, con las piernas muy abiertas y rígidas. Así precedió á Maltrana por un pasillo lóbrego, bajo de techo y tan angosto, que los codos rozaban los objetos raros empotrados en la pared. La débil claridad que pasaba por un bote de escabeche puesto á guisa de claraboya, difundía una luz amarillenta al final del pasillo, danzando en su pálido rayo un enjambre de moscas.

A un lado abriase un espacio semicircular que servía de cuadra. Las paredes eran de madera carcomida, procedente de los derribos, con los intersticios rellenos de paja y trozos de periódicos: del techo pendían unas telarañas inmensas, monstruosas, ondeando como banderas ennegrecidas por el polvo, cubriendo las paredes como las muestras de una tienda de trapos.

La mula casi tocaba con las orejas el techo, y parecía más enorme, disparatadamente grande, en su mezquino albergue. Maltrana pensó en los

milagros de la costumbre, en la agilidad de aquel animal, para deslizarse todos los días por el pasadizo lóbrego, en el que apenas cabía un hombre. *Zaratustra*, saliendo de la cuadra, levantó una cortina de percal rameado, pero Maltrana sólo vió una intensa obscuridad.

—Echa una cerilla—dijo el trapero.

Cuando lució sobre una cómoda un cabo de cirio metido en el cuello de una botella, Isidro pudo ver entre temblonas sombras, un antro más pequeño que la cuadra, con el techo de paja y las paredes llenas de escarpías de las que pendían los numerosos harapos del vestuario de los dos viejos: faldas de gastada seda, levitones llenos de remiendos, sombreros de copa con la seda erizada y contraídos como si fuesen fuelles.

—Aquí hay señorío—dijo el trapero.—Eso no podrás negarlo. Mira esa cómoda; fijate en esta cama, que debe haber sido de algún duque. Huele á palacio así que se la ve. Son piezas que me costaron muy buenas pesetas allá en el Rastro. Fui á comprarlas á los parientes de la *Mariposa*, unos descastados que al verse ricos no conocen á la familia. Aún andamos á pleito por unas pesetas que no quiero dar... Pero fijate, galán, que la cosa lo merece.

Y Maltrana tenía que mirar á la luz de la vela la alta cama de forma antigua, toda ella dorada, pero tan vieja, que en algunos sitios mostrábase el metal descascarillado y sin brillo, y en otros estaba verde, revelando su permanencia en olvidados desvanes, bajo grietas que filtraban la lluvia.

Después, *Zaratustra*, enseñaba con orgullo de artista los adornos de algunos trozos de pared libres de guiñapos: estampas de santos, cromos de señoras en pelota ó con bailarinas de color de